

*BOSQUEJO DE EUROPA*

de Salvador de Madariaga



Salvador DE MADARIAGA (1951): *Bosquejo de Europa*. México, D.F./Buenos Aires: Hermes, 1951, 270 pp.

Una vez más, al hablar de los clásicos del europeísmo, nos encontramos con un hombre de la generación de políticos que gestó la Unión Europea tras la debacle de la II Guerra Mundial. Nacido el mismo año que Robert Schuman, 1886, el español Salvador de Madariaga cumplirá un papel similar al que va a desarrollar en la siguiente generación el suizo Denis de Rougemont<sup>1</sup>. Pero a diferencia de aquél, Madariaga aúna en su biografía, sin embargo, la doble faceta de político y hombre de letras. Desde su profesión de diplomático y político comprometido con el gobierno de la II República en España, Madariaga resultó ser no sólo un bastión esencial para ensalzar los valores democráticos de la España republicana sino un convencido europeísta en el crucial periodo de entreguerras.

Perfecto conocedor de las lenguas, los caracteres y las culturas europeas, Salvador de Madariaga fue ingeniero de formación, y político y diplomático de profesión, además de escritor. Es un perfecto interlocutor a la hora de mostrar las tensiones que se dan en el escenario europeo. En ocasiones su escritura pudiera parecer que se vuelve dogmática y hasta curiosamente determinista, como veremos, en aspectos como el lingüístico o el antropológico, por ejemplo. Sin embargo, su profundo conocimiento de los pueblos europeos le evita caer en fáciles aserciones carentes de argumentación. Escrito en 1951, *Bosquejo de Europa* es fruto de la época en la misma medida proporcionalmente en que lo fue la propia gestación de lo que hoy conocemos como la Unión Europea.

Amenazada desde fuera y desde dentro, por el Gengis Jan mecanizado de Moscú y por sus propias tendencias suicidas, Europa está hoy en peligro mortal. Por eso quizá comenzamos a darnos cuenta de lo que significa para

nosotros. Vivirá o perecerá según llegue o no a tomar conciencia de sí misma, y de que, pues vive, debe seguir viviendo<sup>2</sup>.

Es el contexto político el que urde la trama del nacimiento de la Europa unida y, al mismo tiempo, el que configura buena parte de los materiales que aportan a *Bosquejo de Europa* su personalidad y rasgos distintivos que lo encuadran en la categoría de clásico de la literatura europeísta. Es la obra de Madariaga, además, un compendio de datos sobre Europa en el que se mezclan los procedentes de anécdotas vividas por el autor, datos eruditos extraídos de los libros y reflexiones suyas surgidas de la confluencia entre lo leído y lo vivido. Fruto intelectual del pensamiento de un español exiliado tras la Guerra Civil, esta obra se configura desde América proyectando la imagen de Europa hacia el pasado intimista (geográfica y literariamente) a la vez que, desde el conflictivo presente, hacia el futuro necesario y sólo posible desde esa integración que habría de pasar por lo que otros teóricos del europeísmo ya habían mencionado y cristalizado con el término «conciencia» (por otra parte, un concepto tan singularmente europeo como cristiano al mismo tiempo). «Europa es ya un cuerpo; es ya un alma también; no es todavía una conciencia» (p. 10), escribe Madariaga en el prólogo a *Bosquejo de Europa*.

Como tantos otros teóricos del europeísmo, Madariaga parte de la geografía del continente. Desde este punto de vista, casi todo el europeísmo del siglo XX ha sido claramente determinista, sobre todo, precisamente y de manera llamativamente paradójica, el europeísmo no geográfico. En cualquier caso, se trata de un determinismo muy de la época y de la formación europea de las primeras décadas del siglo XX; un determinismo con el que se podría estar o no de acuerdo, pero del que parten, como veremos, no pocas ideas notablemente originales e inspiradoras. Éste es el caso, por ejemplo, de

los caracteres nacionales, en los que indaga y basa sus comparaciones entre los distintos pueblos europeos, aspecto esencial del *Bosquejo de Europa*:

El carácter nacional varía en el tiempo. Varía porque existe, y existe puesto que varía. Pero varía como la variable de una ecuación. La ecuación sigue igual. Y aún dicta la variación de la variable. Los caracteres de los diversos pueblos europeos han ido variando todos de 1500 para acá, pero cada uno en su ecuación, es decir, según una ley más honda de su carácter. Al observador toca desentrañar esta ecuación permanente observando la forma de cada curva<sup>3</sup>.

De todos modos, fruto de ese determinismo inteligente son algunas de las reflexiones que se desgajan en el discurso relatado en *Bosquejo de Europa* sobre el carácter europeo, la cultura y las artes del continente, etc. y que el autor va desarrollando sobre todo en la primera parte del libro. Muchas de estas ideas habían sido previamente trabajadas por Madariaga con anterioridad. Recordemos que, ya en 1925, había publicado *Arceval y los ingleses*, y en 1929, *Ingleses, franceses y españoles*<sup>4</sup>. En ellas se perciben con claridad muchas de las ideas desarrolladas (a veces resumidas) en el libro de 1951. A cambio, la época era ya otra, *Bosquejo de Europa* alude a una Europa más allá de sus naciones y de sus «tensiones» (concepto éste vertebrador de la evolución de Europa para Madariaga), e implica sobre todo el afán por superar las barreras y por extender la europeidad conscientemente al mayor número de naciones posible del continente.

En la segunda parte de las cuatro que componen la obra, «El Olimpo Europeo», Madariaga se centra en analizar los cuatro prototipos del espíritu europeo, a saber: Don Quijote, Hamlet, Fausto y Don Juan. Según él «Francia e Italia no aportan los protagonistas; pero crean la escena, el fondo, las reglas» (p. 48). Los cuatro personajes «no son meros símbolos; son personas, que van por el mundo con ese aire enigmático que todo ser humano, si de verdad vive, suele poseer» (p. 49). La contraposición entre Don Quijote y Hamlet (pp. 58-59) se halla repleta de paralelismos; como entre el español y el inglés. Por su parte, mediante la contraposición entre Fausto y Don Juan, analiza Madariaga la contraposición entre el español y el alemán<sup>5</sup>. Ambos prototipos resurgirán una y otra vez (a diferencia de los personajes de Cervantes y Shakespeare) hasta que en el siglo XIX, de la mano de Goethe y Zorrilla, encuentren la culminación de sus creaciones.

Si en la segunda parte la comparación se ha realizado entre españoles, ingleses y alemanes, el paso del ecuador del libro de Madariaga supone el cambio de actores para comparar ahora otras «tensiones» que se producen en el contexto europeo. Por ejemplo, la comparación de los españoles con los italianos y franceses, a

los que se refiere como las tres hermanas latinas, y de las que explica que «las hermanas no viven siempre en relaciones perfectas; y las tres hermanas latinas suelen tener sus tiquis miquis y diferencias, debidas a tensiones que añaden su sal y pimienta al guisado europeo» (p. 95). Según el autor, la rivalidad franco-italiana vendría de la época romana. La tensión entre españoles y franceses, por el contrario, la sitúa en otro eje al considerarla propia de la relación entre el hombre (España) y la mujer (Francia)<sup>6</sup>. Esta última relación, sin embargo, se trastoca también en el siglo XIX, y la relación de Francia hacia España varía sustancialmente, como es sabido, con el Romanticismo. Sin embargo, la tensión entre España e Italia es más compleja y cambiante con el tiempo que las otras, y si hace cinco siglos España dominaba a los italianos, ahora, por ejemplo, esa relación se ha invertido en gran medida y ya no es así.

La tensión o relación histórica entre Francia y Alemania es de las más vitales para la supervivencia de Europa en su conjunto. Su origen se encuentra en la división del imperio carolingio y en la gestación de una semilla de discordia de la desaparición de una época dorada de unidad europea que hizo del Rin su frontera para el siguiente milenio. Por otro lado, Alemania tiene con Rusia una relación similar en cierto sentido a la que Francia desarrolla con ella misma. Como lo expresa el propio Madariaga, «Rusia es para Alemania lo que Alemania es para Francia» (p. 125). Rusia presenta, además, una singularidad que no afecta a otra nación de entre las europeas; no al menos en la misma intensidad. Se trata de la cuestión de su pertenencia o no a Europa, conflicto que quizás sólo comparta con Turquía, aunque por diferentes motivos y argumentos. «Por eso — escribe el autor —, y con la misma relatividad, son los alemanes bárbaros para los franceses y los rusos bárbaros para los alemanes». Más aún, ya que, de igual manera, sigue diciendo Madariaga, «desempeñan los alemanes en Rusia un papel análogo al de los franceses en Alemania: el de maestros de las formas y de la civilización» (p. 128). Las relaciones de Alemania con Italia también se deberían a la época del Imperio Romano, incluso con ciertos condicionamientos propios de una relación similar a la de Francia y España, esto es, debido a lo que podríamos denominar el carácter masculino alemán y el femenino de Italia.

En cuanto a las tensiones desarrolladas por Inglaterra, la que mantiene con Alemania es de las analizadas en mayor detalle por Madariaga, con argumentos lingüísticos verdaderamente interesantes y que demuestran el perfecto dominio de lenguas que poseía el autor a la vez que su cuantioso bagaje viajero y de conocimiento de las personas y las naciones del continente<sup>7</sup>. Entre otras

cosas, para el autor Alemania ve a Inglaterra como el imperio triunfante que ella no ha conseguido ser, lo cual a los ojos del alemán, que se cree capacitado para haberlo conseguido, supone un trauma difícil de superar. Con los franceses, Inglaterra sin embargo sigue tratándose bajo la sombra agrídulce de la conquista normanda ocurrida hace un milenio. Francia, por su parte, no olvida las derrotas sufridas en los últimos siglos a manos de los ingleses. Con Italia, la relación de Inglaterra es de mutua admiración hacia sus valores estéticos, por un lado, y sus prácticas sociales y políticas, por otro.

He dejado para el final el caso más curioso de la relación entre Inglaterra y España. A pesar de tratarse de una atracción natural entre ambas naciones con caracteres semejantes, ve Madariaga en la tensión entre ellas una repulsión con fundamento histórico que dificulta la relación, según él desde la época de Colón y el vuelco español en América con sus posteriores desencuentros entre españoles e ingleses por las riquezas del nuevo continente.

El pueblo de la acción y de lo útil —escribirá Madariaga— frente al pueblo de la pasión y de lo eternamente inútil —tensión que en sí pudo haber sido fecunda para ambos y para Europa, y quizá pueda serlo

todavía si se purifica de los elementos históricos y religiosos que por ambas partes la tuercen (178).

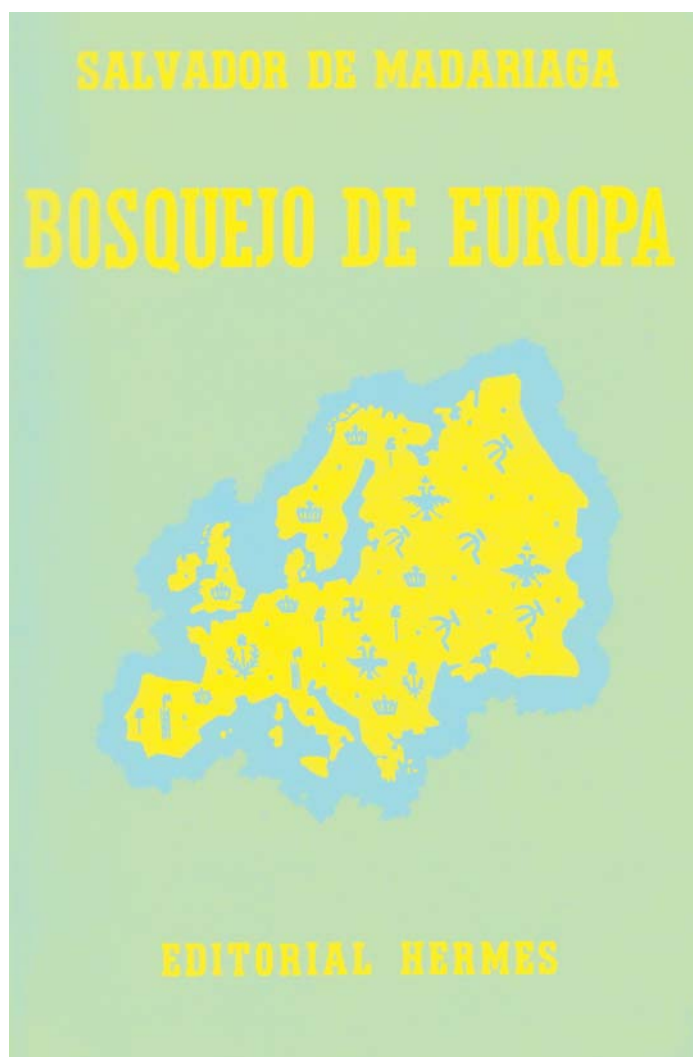
La cuarta y última parte, titulada «Resonancias europeas» pone la guinda en el pastel de esta obra original. Es, podríamos decir, la responsable de que esta obra constituya un clásico de la idea europeísta al no resignarse a ver Europa sólo como un haz de relaciones entre sus potencias. Las «resonancias» son, por ello, esas pequeñas naciones que, sin embargo, hacen que Europa pase de ser un quinteto a convertirse en una verdadera orquesta, si no en sonido, sí al menos en la capacidad y potencialidad de llegar a tocar conjuntamente como tal. Y así, de la mano de estas «resonancias», Madariaga enriquece el análisis llevado a cabo anteriormente al centrarse en las tensiones entre las naciones grandes.

Es el caso, por ejemplo, de la tenaz coincidencia que se produce en tres pueblos como son los irlandeses, polacos y españoles de luchar frente a leyes externas a ellos ante las que no se doblegan nunca. Esto les diferencia de otros pueblos belicosos del continente por la característica de que estos continúan luchando aun cuando ven que ya no cabe esperanza, hecho éste que Madariaga relaciona con una «familiaridad con lo absurdo» peculiar en dichos pueblos. Y si lo absurdo se opone a lo razonable, la locura hará lo propio frente a lo racional. Es el caso, por otro lado, de rusos, españoles de nuevo, e ingleses. Ahora la semejanza resaltada por el autor es la de ser «los tres pueblos más locos de Europa»:

Inglaterra, semi-oceánica; España, semi-africana; Rusia, semi-asiática; estas tres naciones europeas pero no del todo (o no tan sólo) europeas, abren en el intelecto europeo tres avenidas hacia lo allende-racional, circunstancia que hace surgir entre los tres una resonancia análoga a la que la común familiaridad con lo absurdo crea entre irlandeses, polacos y españoles. [...] Esta raíz común es una facultad que ingleses, españoles y rusos poseen por igual, de darse cuenta de lo irracional, de libar en lo irracional sustento para el espíritu (pp. 208-209).

Los suizos suponen, evidentemente, un caso aparte. En opinión de Salvador de Madariaga, estos «tienen que representar en Europa el intelecto químicamente puro» (p. 215). Esta pureza la muestran, por ejemplo, en el caso de la conocida neutralidad suiza, sobre la que el autor mantiene, al compararla con la española que «Suiza es neutral por decisión unánime de su pueblo de no mezclarse en las cosas de Europa. España es neutral porque media España se va a un lado y la otra media a otro, y los dos movimientos se anulan mutuamente» (p. 110).

Únicamente dedica dos apartados Madariaga en esta última parte de su obra a dos territorios que no coinciden con países concretos, sino con cuencas fluviales. Por un lado el Rin, al que califica como «la





espina dorsal de Europa». La docena de páginas dedicadas a este río evocan la magnífica obra escrita por Claudio Magris cuatro décadas más tarde, *El Danubio*. Precisamente es el Danubio el otro río al que se dedican unas páginas en *Bosquejo de Europa*. Madariaga aprovecha para proponer y defender la propuesta de Viena como capital de Europa, mientras la descripción de la cuenca hidrográfica sirve al diplomático español para hablar de los territorios que va atravesando esta corriente fluvial y cultural que constituye, en su opinión, «la gran avenida oriental de Europa, y, aunque en estricta geografía, su estuario se abre cerca de Constanza, en el mar Negro, histórica y espiritualmente el Danubio termina en Constantinopla» (p. 232). Y esto permite a Madariaga (y a nosotros ahora aquí) abrir la puerta a la relación de Turquía con Europa, a lo que se alude cuando se habla de los turcos también algo más adelante, junto con los griegos, cayendo, sin embargo el autor en un error notable al pasar por alto un hecho importante. Sus palabras son las siguientes:

Puesto que hemos convenido en que las dos raíces de la civilización europea son las tradiciones socrática y cristiana, tanto los griegos como los turcos ocupan lugares muy especiales en el paisaje europeo, ya que los griegos son los herederos de Sócrates y los turcos no han sido nunca cristianos. Cabe dudar que los turcos hubieran podido figurar entre los europeos sin la revolución dirigida por Atatürk. Ha solido negárseles la carta de ciudadanía europea por la razón más floja de todas —la territorial (p. 246).

Dejando a un lado el probable etnocentrismo que se deriva de la importancia otorgada a la revolución de Atatürk, resulta evidente el olvido en que incurre Madariaga al obviar que es en el territorio de la actual Turquía en el que se encuentran lugares como las ciudades de Tarso y Éfeso, la provincia de Colosas o la de Galacia (a la que pertenecía la ciudad de Ancira, hoy Ankara, capital de la moderna Turquía). Todos estos espacios fueron escenario de la actividad misionera de San Pablo y centro neurálgico, por lo tanto, del origen del cristianismo como religión en el siglo I de nuestra era, acontecimiento más que válido (desde un punto de vista histórico) para amarrar el espacio territorial de lo que hoy es Turquía a la cultura y la civilización europea.

En cuanto al norte de Europa, también Madariaga dedica unas páginas de estas últimas «resonancias» a los escandinavos y su diferencia con el resto de Europa, que para él se explica desde la situación marginal en la que vivieron durante siglos estos pueblos respecto a la cultura romana y, posteriormente, a la cristiana. En cuanto a los portugueses, de ellos sostiene que lo esencial es que son españoles. Algo tan exacto desde un punto de vista histórico, probablemente, como políticamente incorrecto en nuestros días, y que produciría gran

alboroto si se insistiera en ello. Algo simplista e ingenuo (extraño en una mente lúcida como la de Madariaga) parece también la idea que tiene de judíos y gitanos. Otorga sobre ambos grupos una dosis de voluntad en su devenir histórico que parece exculpar así lo sufrido por ambos pueblos a manos del resto de los europeos, y aunque reconoce el valor de ambos grupos («los más activos tejedores del telar europeo» (p. 258)) suena demasiado leve, en este caso, señalar que las tensiones con los judíos derivan del hecho de que «las naciones europeas arraigan todas en el suelo; el judío arraiga en su memoria» (p. 264).

En cualquier caso, no es necesario estar de acuerdo en todas las manifestaciones y análisis de Salvador de Madariaga para darse cuenta del valor de su obra como intento de acercar a los europeos entre sí a partir de la paulatina transformación de los respectivos caracteres nacionales. Él mismo escribió que es a eso a lo que hay que atender:

No haremos nada si no nos damos cuenta de dónde nos aprieta el zapato. Y no nos daremos cuenta si, dando por sentado que no hay carácter nacional, nos imaginamos dos ilusiones: la primera es que no hay nada que cambiar en nosotros, es decir, dentro de todos y cada uno de nosotros mismos; y la segunda, que cualquier par de zapatos de fuera nos va a servir<sup>8</sup>.

Fernando Benito Martín

## NOTAS

<sup>1</sup> Muchas de las ideas que afloran en Madariaga serán vueltas a enarbolar por un miembro de la generación europeísta que le sigue, Denis de Rougemont. Cf. Fernando BENITO MARTÍN, «Vingt-huit siècles d'Europe y Les chances de l'Europe, de Denis de Rougemont», *Pliegos de Yuste*, 3, mayo 2005, pp. 117-119.

<sup>2</sup> Salvador DE MADARIAGA, *Boquejo de Europa*. México D. F./Buenos Aires: Hermes, 1951, p. 9. A partir de ahora, todas las referencias a esta obra se insertarán en el texto señalando la página.

<sup>3</sup> Salvador DE MADARIAGA, «Los españoles entre la democracia y el carácter nacional», en *Cosas y gentes. II. El libro de las procosas*. Madrid: Espasa, 1979, pp. 87-93, 88-89.

<sup>4</sup> Cuando Espasa recopiló en España en los años 70 las obras de Salvador de Madariaga, ambas obras fueron publicadas junto con *Bosquejo de Europa* en el mismo volumen, bajo el título *Carácter y destino en Europa*. Madrid: Espasa, 1980.

<sup>5</sup> «Fausto viene del intelecto y busca el impulso. Don Juan viene del impulso, pero no busca el intelecto; porque el impulso o busca nada: es, y basta», *Bosquejo de Europa*, op. cit., p. 62. Cuando, más adelante, hable el autor de la relación entre Alemania y España, dirá que «la historia de los últimos cien años indica que el pueblo alemán es demasiado gregario y nacionalista para la salud de Europa, lo razonable es pensar que mejoraría —y con él Europa— mediante una alianza de sangre con el pueblo más individualista y más universal —que es el español», ibidem, p. 193.

<sup>6</sup> «España es un hambre; Francia es un miedo. España quiere aventura. Francia seguridad. España derrocha, Francia ahorra. España es manirrota como la naturaleza, Francia es económica como el arte. Cuando la Historia se vuelve contra ellas, Francia se reserva, España se devora», *Bosquejo de Europa*, op. cit., p. 106.

<sup>7</sup> Cf. especialmente las p. 140 y ss. del *Bosquejo de Europa*, op. cit.

<sup>8</sup> «Sobre la realidad de los caracteres nacionales», op. cit., p. 93.